

EL HONORABLE...



Ese lunes, no había comenzado demasiado bien para nadie. Blandiendo su viejo bastón en alto, apoyándose contra la pared y luciendo un desteñido pijama que mostraba sus botones, bien abrochados pero – exactamente - en los ojales superiores, inmediatos a los que simétricamente les hubiese correspondido, un hombre de unos setenta y pico de años, con el rostro enfurecido y morado, reclamaba urgente mi presencia.

– *¡Quiero hablar ya mismo con el Jefe! ¡A mí, nadie me va a faltar el respeto...! ¡Qué se han creído...!* – proclamaba a cuatro vientos su estridente reclamo, logrando despertar - en la larga y atestada sala de hombres de aquel viejo hospital público -, hasta a aquellos enfermos más remolones para cumplir con la orden de la Caba de enfermería, o sea de higienizarse en las duchas, si acaso podían caminar.

Ese hombre se había internado un día Sábado, en la cama seis y según el Censo de Pacientes Internados, que me había acercado la secretaria del Servicio apenas llegué, el diagnóstico de ingreso de aquel enfermo, se limitaba a tres escuetas palabras: ADELGAZAMIENTO, TOS Y FEBRICULA... Otros datos que allí figuraban, decían que tenía 80 años, que era mecánico y que esa, era su primera internación. No tenía familiares... Su nombre y apellido, Nicolás Borocchi.

Cuando una de las enfermeras intentó cortarle el paso y reenviarlo hacia su cama, el buen hombre comenzó a gritar más y más fuerte y a golpear con su rígido bastón, a una de las mesas de chapa que había en el pasillo central de la atestada sala. El caos se hizo insoportable y los ruidos metálicos *in crescendo*, sonaban como agudos y penetrantes campanazos que taladraban sin piedad, los castigados tímpanos de todos...

Los gritos y los golpes eran espeluznantes y habían quebrado abruptamente, el hasta ese momento silencioso, tranquilo, lento y animado trajinar, de esas bucólicas mañanitas de hospital. Hasta el enfermo de la cama nueve, un alcohólico cirrótico que no podíamos sacar de su estupor, se despertó sobresaltado por el ruido y de un certero manotazo, se arrancó los sueros y la sonda... El de la cama once, presa de un típico ataque de histeria, comenzó a gritar mientras se agarraba dramáticamente su cabeza: - *¡A mí los nervios me hacen mal...! ¡A mí los nervios me hacen mal...! ¡A mí los nervios me hacen mal...!*

Un fornido y robusto enfermero, corrió para brindarnos su invaluable ayuda, pero la misma, aterrizó prematuramente junto a su voluminosa anatomía, debido a que el piso recién mojado y con abundante detergente, fue una *patinosa* y resbaladiza pista que

puso involuntariamente a sus dos pies, a la misma altura de su frustrada cara – claro que en el aire... –.

Nicolás, blandiendo en su otra mano a un cilíndrico frasco de plástico, de un opaco color grisáceo verdoso, parecía un soldado suicida y artrósico, a punto de arrojar una mortífera granada, a punto de estallar. Cuando detrás de un biombo - que piadosamente ocultaba las horas finales de un paciente canceroso – emergió la esmirriada, delgada e inconfundible figura de una de las auxiliares de enfermería, la dulce e inofensiva Catalina, él la enfocó con sus enardecidos ojos, ahora transformados en furiosas brasas, que parecían seleccionadas y extraídas del lugar más caliente del infierno...

- *¡Vos fuiste, maldita bastarda... yo te vi! ¡Fuiste vos, bastarda!* – le gritaba a viva voz, mientras la señalaba con su bastón...

Como ni por la razón, ni por la fuerza – ambas esgrimidas sin éxito por el personal de enfermería – se lograba calmar al excitado doliente, decidí intervenir, tratando de imponerle una actitud tranquila y segura, que para nada era reflejo de lo que a esa altura del caos, yo sentía en mi interior.

- *Por favor Nicolás, venga conmigo y explíqueme bien, que es lo que le han hecho. Yo necesito saberlo...* – le dije, mientras suavemente le apoyaba una mano en el hombro y lo conducía hasta mi despacho... – *Y dígame ¿Cómo se pronuncia, Nicola o Nicolás?*
- *¡Nicola! ¡Nicola!... Como San Nicola de Bari. Así se dice en Italia, como corresponde* – me respondió, ya algo más calmado.

Cuando cerré la puerta y lo ayudé a sentarse, noté que estaba muy fatigado y que un rápido latido en su cuello, lo sacudía con característica vehemencia, evidenciando el particular estado de ánimo, que en él se anidaba.

- *¡Mire! ¿A usted le parece? ¿Por qué me ofenden así? ¿Eh?* – me repetía enojado, mientras acercaba a mi cara, el frasco de plástico que tenía en su mano.
- *Es un frasco estéril... de los que se usan para cultivo de orina o cualquier material ¿Qué tiene de malo...?* – le pregunté, a esa altura bastante confundido ya que no lograba comprender la causa de su reclamo.
- *¿Qué dice ahí, eh? ¿Qué dice?* – comenzó a gritarme, mientras me señalaba el rotulo del frasco.
- *NICOLAS BOROCCHI ESPUTO* – alcancé a leer entre las gruesas letras, escritas en rasgos hechos con birome azul, mientras giraba ese frasco de recoger muestras de flema, entre mis dedos, buscando alguna leyenda que fuese ofensiva, pero que nunca pude encontrar...
- *¿Y porqué? ¿Me puede explicar porqué...?* – me repetía, golpeando con mucha fuerza a mi escritorio.
- *¿¿Y porqué, qué...?! – le contesté ahora gritando, cada vez más irritado.*
- *¿¿Porqué me tratan de puto, eh?! ¿A quien le importa eso, eh? ¿Qué saben de mi vida, eh? ¿Para eso me metieron el dedo en el ano cuando me internaron?* – repetía y repetía enardecido, mientras yo trataba con todas mis fuerzas de contener la risa, mordiéndome la lengua.

Luego de media hora de explicarle a Nicolás (o Nicola) – confieso que aún ignoro con cuanto éxito – que la palabra “esputo”, proviene del latín “sputum” y que con esa

palabra se nombra a la flema que arrancamos del pecho, en cada golpe de tos, aceptó que yo lo acompañase hasta su cama, donde se quedó placidamente dormido.

Catalina me miró desde lejos, sonriendo y colocándose la punta de su índice en la sien derecha, y luego lo hizo girar para adelante y para atrás... También me sonreí y me quedé pensando que en Medicina, es el único ámbito donde te insultan y en el que muchas veces, solo respondés con una mueca de alegría comprensiva. Quizás por eso – entre otras cosas -, será que la siento tan sublime...

